

Valeria Zurano

Poemas

Las damas juegan ajedrez

*...jamás elegiría estar nuevamente en el centro del deseo:
también así se puede terminar destrozado.*

Alicia Plante

No podemos cortar estas sogas y nos amarran. Estas sogas nos delatan. Estos nudos que nos tienen enroscadas a las sienes de alguien que se apodera de la pasión y nos deja tirante en el deseo. No puedo abandonar los nudos de la boca. No puedo dejarme caer de las cintas tirantes de los brazos. Esos brazos que nos unen y en las mañanas se estiran hasta cortarse y por eso los nudos. Por eso los nudos que nos aprietan del cuello y atraviesan cavidades. No podemos cortar estas sogas. Es mentira la libertad, es un mundo de sogas. Es un universo de hilos que se encuentran y se separan que nos enseña el vértigo cuando la cuerda queda floja que nos ata eternamente a la angustia de una cuerda muerta.

Que nadie lo sepa. Que se hable apenas con el aliento. Que se hable como los niños. Que se hable muy bajo. Que casi no se hable. Que no se hable. Tal vez un murmullo y no sé. Mejor que no se diga nada. Ni siquiera eso. Sí, ni siquiera. Mucho menos eso. Que todo sea un secreto. Un falso secreto que te quite el sueño que te acerque a mi incertidumbre a ese lugar sagrado desde donde te espío. En puntas de pie te observo por la cerradura. Vas y venís con el paso angosto de una pared a la otra, se te enreda el pelo en los nervios, se te escapan las voces en silencio. Si vas a decirlo. Si vas a escapar por esas rendijas donde comienzan los motivos que justifican mis días. Que sea siempre en voz baja. Como un susurro de muerte. Como el estertor de los muertos. Que mañana todo continúe como si

nada. Que aprendas a callar como a mí me enseñaron. Que apenas me pronuncies que apenas me divagues que me dejes ahí en el lugar oscuro donde tejo la historia que nunca se sabrá. Que dejes manejar los hilos de ese imperio meticuloso de los sordos. Que nadie lo sepa. Que todo se calle. No digas nada. No me cites en tu discurso cotidiano. Apretame en la furia de tus dientes. Guardame en la respiración que te está ahogando. Tal vez un murmullo. Pero debajo de las sábanas. La tortura que alimenta mi deseo. La forma en que callas. Que comprendas el poder de tus labios.

No hay certezas por eso caemos en los túneles de la realidad de los días que no cesan de doler en el costado de los cuerpos. Hay puertas que se abren y se cierran en los laberintos de las horas. En las paredes de esos túneles donde los pasos son castigados con el filo punzante de la incertidumbre. No hay certezas son las dudas las que nos abrazan y se cuelgan del cuello y tejen sobre la piel ese dejo de ironía esa trama que no puede nunca ser un abrigo sino cruelmente la intemperie. No hay certezas por eso los hilos se hacen delgados y luego se cortan y se llevan nuestros brazos. La infame costura de las sombras es la que nos cose con la puntada nerviosa del destino y nos zurce a los sortilegios de los que buscan y para ellos no hay nada.

Tal vez tengas que abrir las puertas de la jaula desprenderme del dolor enquistado en la conciencia dejarme partir que extienda las alas. Tal vez tengas que abrir los candados y perder las llaves y dejar que las puertas se azoten por el viento.

Tal vez debas comprender que en el tema de las alas siempre hay vuelos propios y alas que se juntan y vuelos en bandadas. Tal vez alguien deba decirte que los vuelos no tienen dueños y que los itinerarios son azarosos y que las alas se agitan en el aire por el misterio enloquecido de la pasión.

Tal vez puedas emprender largos viajes de extensas migraciones de una caravana de alas blancas singlando la brisa. Tal vez las alas se unan y sientas en el pecho el vértigo que sube y mis alas te abrazan y los vuelos se hacen uno y el olvido necesario para atrapar los sueños.

Existe esa realidad que inventamos. No es real la faja externa que nos abraza hasta ahogarnos y gira cada vez más veloz para construir un mundo de estelas. Es la realidad de la ficción donde sucumbimos por el vértigo de caer hasta tocar el fondo de nuestros sueños y despertar. No despiertes. No lleguemos al inminente final que parece acariciarnos los pies como si fuera una ola vestida de espuma. Suave y triste se mece la ola. No despierto. Suave y triste la brisa. El final se acerca. Pero no es verídica esta realidad donde descansa la mirada. No despiertes. Descansemos en el lecho del río como si fuera nuestro lecho. La realidad son esas pequeñas piedras que brillan en el barro.

Confinada a la ausencia de tu imagen, temo. Dejame traerte desde el lecho silente del recuerdo y aromarte con flores y animarte con velas. Te extraño como si estuvieras muerta. Desterrada de tu boca hago páramos donde crecen las piedras del olvido y la brisa te va alejando lentamente y acariciás la memoria que me tiene. Te extraño como si tuvieras alas. Dejame escanciar el deseo sobre la urdimbre de tu piel y coronarte de besos. Ya nada te trae hasta aquí. El viento te arranca de la estéril tierra de mi pecho. Te extraño como si estuvieras muerta. Como si no hubiera retorno y el pasado se sepulta en la velada de tu cuerpo. Te extraño como si estuvieras muerta. Y alguien se lamenta y te llora y lo niega todo porque no puede ser cierto. Alguien se viste de luto y te lleva crisantemos y te contempla dormida entre mortajas y te arrulla con canciones y se apena porque debe mentirse. Alguien se arroja sobre el piso de mi alma desconsoladamente y repite tu nombre en la congoja y no tiene consuelo y le piden que siga.

Hacés un pequeño mundo de colores de jardines que duelen en invierno de árboles que crecen hacia adentro. No me destierres. No me exilies de tu sombra de la planicie de tu

sombra. Hacés la condena y el castigo en ese mundo donde todo es consecuencia. Pero no me quites de esa planicie del itinerario de tu desconsuelo. No me exilies. Hacés un mundo brillante de festejos de dar sin medir sin esperar hasta rebalsar y nuevamente dar. De mares que te sueñan que te agitan en sus olas que me siguen la corriente. Pero no me prives de la sensatez de tu sombra aunque más no sea tu sombra aunque tu sombra sólo pretenda otros brazos. No me arrojes a esa tierra que te desconoce. No me envíes a ese mundo donde estás ausente donde tu nombre ya no nombra donde tu vida se escapa de mi sombra. Mi sombra que ahora deambula desterrada porque no tiene la incertidumbre para descifrarte.

Pido que me dejes que me abandones que me pierdas, pido. Le ruego al viento que te deje quieta sobre tus apacibles nidos junto a tu sombra suspendida en la llama que te convoca, que te deje. Suplico al mar que sus olas te embarquen que te devuelvan a otras costas que esas fuerzas te sumerjan en los fondos de océanos y te dejen dormida sobre orillas inhóspitas en islas deshabitadas, le suplico. Le pido a las palabras un conjuro una fórmula un discurso que te acerque al triste mundo de las cartas. A los vocablos y oraciones que te alejen, lejos, muy lejos. Clamo por perderte en la muchedumbre de los otros en las máscaras de los otros en la velocidad del mundo en la competencia feroz que se avecina en mis propias máscaras, perderte. Le imploro a los días que te devuelvan el tiempo que abran la ventana del tiempo que te regresen a su cruel mundo de minutos a la esclavitud de las agujas, le imploro. Pero estás seguís perseverás insistís, firme y tenaz como el mundo.

Libro Editado en Diciembre de 2007 por Ed. Alción. Córdoba. Argentina

Valeria Zurano

Poemas

“El gran capitán” *(Crónica de un viaje al litoral)*

*En nombre de quienes lo único que tienen
es hambre explotación enfermedades
sed de justicia y de agua
persecuciones condenas
soledad abandono opresión muerte.
Yo acuso a la propiedad privada
de privarnos de todo.*
ROQUE DALTON

Esa tierra de nadie que dormita alrededor de las estaciones...

*Aquellas monedas que me envolviste en tu pañuelito rosa con flores,
monedas para el viaje, yo no quería conocer otras cosas, ir en tren por el campo,
escucha, escucha: las monedas, el viaje que somos los muertos, tendríamos que
sonreírnos todavía,...*
ARNALDO CALVEYRA

El equipaje sobre los cartones de un carro que viene avanzando, a cuesta de la fuerza de los brazos que tiran; dibujando la despedida en el aire, como una especie de ritual donde hablan entre dientes un lenguaje desdentado.

Los niños saltan desde las ruedas al piso, trepan a los bancos, desparraman los cartones, esperan como todos; un tren que no llega.

El rumor comienza en la boletería, hay retraso.
Hace demasiado calor y las chapas de la estación humean.

Preparan la espera. Resignan la espera, pero vinieron a despedirlo. Trajeron el carro y los niños. Vinieron a despedirlo. Llevan su equipaje porque es pesado y esperan junto a él, como si el tiempo ya no tuviera importancia.

Es difícil comprender lo que los parlantes anuncian cuando las horas de espera parecen reírse de nuestra sangre que fluye, en los golpes de la rabia, dejándonos sordos.

Las cartas del azar intentan jugar la suerte del viaje, como si fuera el destino que aún les perteneciera, cuando el destino ya está en otras manos.

Pasa una carretilla chillando con olor a grasa añeja en los engranajes. El ir y venir marca un tiempo.

Al final del andén descargan las cajas para la bodega. Sobre las vías destellos de chapitas parecen piedras preciosas, emergiendo en un fondo de granito, que nos guiñan a veces, y nos dejan perplejos, observando ese mundo de durmientes.

Nuestro mundo.

En Paso de los Libres los viejos venden helados. *Picolé* dicen y tocan una campanita que cuelga del carro.

Esos no son rostros, esos no son cuerpos de vendedores de helados.

Picolé salen al grito de atrás de la estación, acompañando las palabras con pasos que arrastran encadenados a la marcha cancina del tren, que comienza a alejarse, mientras permanecen vestidos de blanco, cubiertos de blanco, luminosos y encendidos bajo el sol, en una estación de cualquier mundo, fuera de este mundo.

Los niños venden botellas de gaseosas que apenas pueden levantar. Van descalzos y se estiran hasta las ventanillas, insisten, se cuelgan de los estribos, esperan las monedas, cuentan, piden, llenan botellas que venden por centavos.

Ya están esperando el próximo tren; que tal vez, no vuelva a pasar nunca.

Norma abre una bolsa. Los niños esperan. Le preguntan si falta mucho. Ella dice; que en cualquier momento llegan, que la abuela los alcanza en Paso de los Libres. Los niños se alegran, también me alegra.

El olor a milanesa fermentada impregna el aire. Cada uno, come su ración en silencio, y ella les dice; que también hay manzanas. Y sigue revolviendo. Se escuchan sonidos de miles de bolsas. No quita los ojos grandes y oscuros del fondo. Tiene las manos delgadas pobladas de costras, cansadas de llevar, atadas siempre atadas.

Ahora, los niños piden agua, tienen sed. Ella les dice: *tomen el jugo de la manzana.*

Los niños entienden y dejan de pedir.

Invitan el vino tinto y caliente en la noche de los trenes. Esta sed que no culmina. El deseo inquieto de colmarnos.

Siguen las estrellas bajando del cielo. Caen en la inmensidad.

El infinito plan de acercarnos.

La perversa ecuación de pensarnos ajenos.

La miseria son brazos que entran y mendigan, son estas manos que me cuelgan mugrientas de los hombros, son los hombros que llevan y arrastran, es el peso infinito de comprender que los objetos se gastan, que la ropa se hace harapos y siempre son los trapos colgando de la soga. La miseria entra en las grietas de la piel, en las muecas, en las uñas; es la falta que justifica los motivos, cualquier motivo.

Hay que engañar el tiempo. Me engaño.

El rostro se refleja en los vidrios de la ventanilla. Nos miramos. Ambas nos miramos. En la miseria de estos huesos flacos, en el movimiento continuo del vagón, en esta triste cuna del rincón olvidado; sintiendo el hambre que crece dentro de las tripas.

El espejo en el fondo de mi plato de pobre. Así, como este que ahora ves, en el lustre de un cuenco, reflejado y distante con algunas cebollas. Así, en las ansias de los que están perplejos mirando las sobras de algún otro plato.

El amor; los huesos bien pelados y blancos sobre el plato ajeno.

Dejaste un caracol sobre mi pecho para que en su recorrido marcara los límites donde se fundaría mi pueblo. Como la primera gota de lluvia que cae en la tierra seca, entre el espacio infinito de una grieta, deslicé las manos por las hendiduras de la tierra húmeda y perfumada.

Ese es el diminuto espacio donde un pueblo fundó mi pecho.

Los viajes dejan rastros en el cuerpo. Los viajes hacen escaleras y túneles en el alma. Es la sombra de los que se quedan, lo que nos acompaña. Es el recuerdo de la distancia, que luego sigue pasando y pasando como el agua, como las nubes sobre nosotros.

Nuestras vidas; viajes con destinos premeditados, para los habitantes del Sur.

Libro Editado en Chile en Enero de 2008 por Ediciones Cortina de Humo.-